

suspendido en el aire. Se creería que al focalarla ha de moverse como una tienda ó disiparse como una nube, ó bien desvanecerse como pompas de jabón. Las paredes, revestidas de estuco como las de las otras salas, y cubiertas de arabescos de un dibujo increíblemente compacto y delicado, son uno de los más sorprendentes frutos de la fantasía y de la paciencia humanas. Cuanto uno más mira, más se estrechan y cruzan las innumerables líneas; de una figura brota otra y de ésta una tercera y las tres ofrecen otra que se había escapado á vuestras miradas; ésta se divide de pronto en otras diez que tampoco habíais visto, para recomponerse y transformarse luego, sin que se acabe nunca de descubrir nuevas combinaciones, pues cuando las primeras se vuelven á presentar se tenían ya olvidadas y uno se encuentra tan al cabo de la calle como la primera vez. Sería cuestión de perder la vista y el juicio, si se quisiera hallar el hilo de ese laberinto; se necesita una hora para ver los contornos de una ventana, los adornos de un pilar, los arabescos de un friso, y una hora no basta para imprimir en la memoria el dibujo de una de aquellas maravillosas puertas de cedro. A ambos lados de la sala hay dos órdenes de nichos; en medio de una pequeña fuente con un tubo para el agua que une al pequeño canal que atraviesa el patio y va á la fuente de los Leones. Frente á la puerta de entrada y al lado opuesto, hay otra puerta por la cual se entra en una sala estrecha y larga llamada la sala de los Naranjos. De esta sala, por una pequeña puerta, se entra en un gabinete de Lindaraja, sobrecargado de adornos y cerrado por una hermosa ventana con dos arcos, que da sobre un jardín.

Para gozar de toda la belleza de esta mágica arquitectura, es necesario salir de la sala de las «Dos Hermanas», atravesar el patio de los Leones y entrar en la sala de los Abencerrajes, que se encuentra á la parte de Mediodía, frente á la de las «Dos Hermanas», con la cual tiene per-

fecto parecido en la forma y en los adornos. Desde el fondo de esta sala, la mirada atraviesa el patio de los Leones, la sala de las «Dos Hermanas», la de los Naranjos, el gabinete de Lindaraja, y penetra en el jardín cuya espesa verdura aparece bajo los arcos de aquella ventana, que es realmente un dije. Las dos aberturas de esta ventana, achicadas por la distancia y que se aparecen luminosas en el fondo de esta serie de salas oscuras, parecen dos grandes ojos abiertos que os envían sus miradas haciéndoos pensar en un más allá que existe y no sé dónde, en una región de misteriosos paraísos.

Después de la sala de los Abencerrajes fuimos á ver los baños, que se encuentran entre la sala de las «Dos Hermanas» y el patio de los Mirtos. Descendimos por una escalerilla, pasamos por un estrecho corredor y llegamos á una sala magnífica, llamada de los «Divanes», donde las favoritas de los reyes iban á descansar sobre tapices de Persia, al son de los instrumentos, después de haberse bañado en las salas vecinas.

Esta sala ha sido reconstruída sobre las ruinas de la antigua, y dorada, pintada y adornada con arabescos por artistas españoles, como aquella debía estarlo, de tal modo, que puede ser considerada como una sala del tiempo de los árabes que ha quedado intacta en todas sus partes. En el centro hay una fuente, en las dos paredes opuestas dos especies de alcobas, donde las mujeres descansaban, y más arriba las tribunas en las cuales se colocaban los músicos. Las paredes se hallan galoneadas, manchadas, abigarradas con lunares de mil vivos colores, y presentan el aspecto de una tapicería de ropas chinas, bordadas con torzales de oro, trazando interminables lacerias que volverían loco al más paciente fabricante de mosaicos de la tierra.

¡Y no obstante, un pintor trabajaba en aquella sala! ¡Hacía tres meses que estaba copiando las paredes! ¡Era un alemán! Góngora, que le conocía, le preguntó:

—Es un trabajo enojoso; ¿no es cierto?

El otro le contestó:

—No me cansa—y se inclinó de nuevo hacia su cuadro.

Yo le miré como hubiera mirado á un sér del otro mundo.

Entramos en las salas de baño, pequeñas, abovedadas, que reciben la luz de arriba por medio de algunos agujeros esparcidos por las paredes en forma de estrellas ó de flores. Las pilas son de un solo cánto de mármol, tan grandes, que llenan el espacio entre las paredes. Los corredores que conducen de un gabinete á otro, son tan bajos y estrechos, que á duras penas puede pasar por ellos un hombre; reina allí una frescura deliciosa. Al entrar en uno de esos gabinetes, un triste pensamiento me sobrecogió de improviso.

—¿Qué es lo que le ha dejado á usted atónito?—me preguntó mi amigo.

—Pienso—le respondí,—en el modo como vivimos, tanto en verano como en invierno, en esas casas que tienen todo el aspecto de cuárteles, en esos cuartos de tercer piso, ó demasiado oscuros, ó inundados de torrentes de luz, sin mármoles, sin agua, sin flores, sin columnas; pienso que en esta miserable vida moderna se puede gozar inmensamente, y que yo no gozaré nada. ¡Pienso que hubiera podido nacer hace cuatro siglos, rey de Granada, y que en vez de esto soy un pobre hombre!

Mi amigo se rió, y cogiéndome el brazo con el dedo meñique y el pulgar, como para pellizcarme, me dijo:

—No piense usted en eso. Piense en todo lo que habrán visto estas pilas, de gracioso, hermoso y secreto; en los pequeños pies que han jugado en sus aguas perfumadas; en las largas cabelleras que se han suspendido en los bordes; en los grandes y lánguidos ojos que han mirado al cielo á través de las aberturas de esta bóveda, mientras bajo los arcos del patio de los Leones resonaban los pasos de un califa impaciente. Piense usted

en los cien chorros de agua que se soltaban por el palacio, diciendo con su murmullo:—¡Ven!... ¡ven!... ¡ven!...—Y piense usted en el salón embalsamado, donde un esclavo, temblando de respeto, cerraba las ventanas, corriendo las cortinas de color de rosa...

—¡Ah! por favor: ¡deje usted que mi alma viva en paz!—respondí yo encogiéndome los hombros.

Atravesamos el jardín del gabinete de Lindaraja, después un patio de aspecto misterioso, llamado el «patio de la Reja», y por una galería que mira al campo llegamos á la cúspide de una de las últimas torres de la Alhambra, bajo un pequeño pabellón abierto, llamado «Tocador de la Reina», que parece suspendido sobre un abismo como el nido de un águila.

El espectáculo que desde allí se goza—bien puede decirse sin temor de que nadie lo desmienta,—no tiene igual en la tierra.

Imaginaos una inmensa llanura, verde como un prado cubierto de hierba nueva, atravesada en todos sentidos por interminables hileras de cipreses, pinos, encinas, álamos, sembrada de espesos bosques de naranjos, que á tal distancia parecen arbolillos enanos, y de grandes huertas y jardines llenos de árboles frutales, que parecen colinas revestidas de verdura. Atravesando esa inmensa llanura el Genil brilla entre los bosques y los jardines, como una inmensa cinta de plata; alrededor verdes colinas y más allá de éstas altos peñascos de formas fantásticas, que se extienden como un circuito de murallas y torres titánicas, para separar aquel paraíso terrestre del resto del mundo. Después, bajo nuestros ojos precisamente, la ciudad de Granada en parte extendida sobre el fondo del valle, y en parte levantándose sobre la pendiente de una colina, sembrada toda de grupos de árboles, de manchas, de masas informes de verdura que se elevan y ondulan sobre los techos de las casas como enormes penachos y parecen dispuestas á esparcirse, reunirse y cubrir la ciudad entera. Y más abajo aún, el valle pro-

fundo del Darro, no solamente cubierto, sino henchido, colmado de un prodigioso amontonamiento de verdura que se eleva como una montaña, y de donde deriva un bosque de álamos gigantescos, que agitan sus cimas bajo las ventanas de la torre, pudiéndose casi tocar con la mano.

A la derecha, más allá del Darro, sobre una colina que se eleva al cielo, valiente y esbelto como una cúpula, el palacio del Generalife, coronado de jardines aéreos y casi oculto en un bosque de laureles, álamos y granados. Al lado opuesto un espectáculo maravilloso, una cosa increíble. la visión de un sueño: Sierra Nevada, la más alta cordillera de Europa, después de los Alpes, blanca de nieve, blanca á algunas millas de distancia de Granada, blanca hasta en las colinas donde crecen los granados y las palmeras, y donde se despliega con toda su pompa una vegetación casi tropical. Imaginad después sobre este inmenso paraíso, que encierra las cariñosas y alegres gracias de Oriente y las severas bellezas del Norte, que una á Europa con Africa, llevando en tributo á este himeneo las más sublimes maravillas de la naturaleza, y que envía al suelo todos los perfumes de la tierra confundidos en uno solo; imaginad, digo, sobre este valle afortunado, el cielo, y el sol de Andalucía, el sol que, al ponerse, pinta de un divino color de rosa todas las cimas y de los colores del Iris y de los reflejos de las perlas más limpias los flancos de las montañas de la sierra; que descompone sus rayos en mil tintas de oro, ed púrpura y de cinabrio sobre los peñascos que coronan la llanura, y que bajando en medio de un incendio, deja á guisa de recuerdo ó despedida una corona de luz alrededor de las torres melancólicas de la Alhambra y de las mismas encantadoras del Generalife. Y dígase después si puede existir en el mundo algo más solemne, más glorioso, más embriagador que esta amorosa fiesta del cielo y de la tierra, ante la cual, por espacio de nueve siglos, Granada se estremece de voluptuosidad y palpita de orgullo.

El techo del «Mirador de la Reina» está sostenido por pequeñas columnas moriscas, entre las cuales se extienden arcos elípticos que dan al pabellón un aspecto raramente caprichoso y lleno de gracia. Las paredes están pintadas al fresco y á lo largo de los frisos se ven las iniciales de Isabel y Fernando entrelazadas, con amores y flores. Junto á la puerta de entrada queda todavía una piedra del antiguo pavimento, llena de agujeros, sobre la cual, dicen, se ponian las sultanas para envolverse en la nube de perfumes que brotaban de abajo. Todo en este lugar canta amor y dicha. Se respira un aire puro como en la cumbre de una montaña, se percibe un vago olor de mirto y rosa y no llega otro rumor que el murmullo del Darro, quebrándose en las guijas de su pedregoso lecho, y la armonía de millares de pájaros escondidos en las espesuras del valle. Es un verdadero nido de amor, un apacible retiro donde poder soñar, un escondrijo aéreo para dar desde allí infinitas gracias á Dios por sus bondades.

—¡Ah, Góngora!—exclamé, después de haber contemplado algunos instantes aquel espectáculo encantador.—Daría diez años de mi vida por poder transportar aquí, por virtud de una varita mágica, á todas las personas queridas que me esperan en Italia.

Góngora me mostró un largo pedazo de la pared, completamente ennegrecido por las inscripciones de fechas y nombres, puestos allí con lápiz y carbón; otras hay grabadas con la punta de un cortaplumas. Son recuerdos de los visitantes de la Alhambra.

—¿Qué dice aquí?—me preguntó.

Acerquémeme y lancé un grito,

—¡Chateaubriand!

—¿Y aquí?

—¡Byron!

—¿Y aquí?

—¡Victor Hugo!



Al descender del «Mirador de la Reina» creí haber visto ya toda la Alhambra, y cometí la imprudencia de decírselo así á mi amigo. Si éste hubiera tenido un bastón entre las manos, seguro estoy de que me hubiera descargado un palo; pero como no lo tenía, se contentó con mirarme cual se suele mirar á un loco.

Volvimos al patio de los Mirtos y visitamos las salas situadas al otro lado de la torre de Comares, la mayor parte medio arruinadas, otras transformadas, algunas completamente desnudas, sin pavimento y sin techo; pero todas dignas de ser visitadas, por los recuerdos que encierran y para comprender al propio tiempo la estructura del edificio.

La antigua mezquita fué transformada en capilla por Carlos V, un gran salón árabe en oratorio y por todas partes se ven vestigios de arabescos y techos de cedro esculpido. Las galerías, los patios, los vestíbulos, parecen restos de un palacio devastado por las llamas.

Esta vez pensé que realmente ya no me quedaba nada más por ver, y de nuevo cometí la imprudencia de decírselo á Góngora. Entonces sí que no pudo contenerse, y llevándome al vestíbulo del patio de los Mirtos, ante un plano del edificio, fijado en la pared, me dijo:

—Mire usted y verá que todas las salas, todos los patios, todas las torres que hemos visitado hasta ahora, sólo ocupan la vigésima parte del espacio que limitaban los muros de la Alhambra. Verá usted que no hemos visitado todavía los restos de otras tres mezquitas, las ruinas de la sala de los Cadís, la torre del Agua, la del Cándil, la de los Picos, la de los Puñales, la de los «Siete Suelos», la del Capitán, la de la «Hechicera», la de las «Cabezas», la de las «Armas», la de los «Hidalgos», la de las «Gallinas», la del «Dado», la del «Homenaje», la de la «Vela», la del

«Polvo», los restos de la casa de «Mondejar», los cuarteles militares de Puerta de Hierro, los muros interiores, las cisternas, los paseos... Porque es necesario saber que la Alhambra no es un palacio, sino una ciudad, y que sería cosa de pasar allí la vida buscando arabescos, leyendo inscripciones, descubriendo cada día nuevas perspectivas de montañas y colinas, y extasiarse una vez, á lo menos cada hora, de las veinticuatro que tiene el día.

¡Y yo, infeliz, que creía haber visto la Alhambra!



Por aquel día no quise saber más, y sólo Dios sabe cómo tenía la cabeza cuando llegué á la fonda. A la mañana siguiente, al levantarse el sol, allí volví otra vez; y por la tarde también, y estuve volviendo cuantos días permanecí en Granada, con Góngora, con otros amigos, con guías, ó bien solo. Recorrí de nuevo patios y salas; pasé horas y horas sentado entre las columnas ó apoyado en las ventanas, con un placer cada día más intenso, descubriendo á cada momento nuevas bellezas y abandonándome á los vagos y deliciosos sueños que me asaltaron el primer día.

Ignoro por dónde me hacían pasar mis amigos para entrar en la Alhambra; sólo recuerdo que todos los días descubría nuevas paredes, y torres, y caminos desiertos que no había visto, pareciéndome que la Alhambra había cambiado de situación, ó que se había transformado, ó que, como por encanto, habían surgido en torno de ella nuevos edificios que alteraban su primitivo aspecto.

¡Quién es capaz de describir la belleza de aquellos sitios al ponerse el sol! ¡Y aquel bosque fantástico á la claridad de la luna! ¡Y la llanura inmensa, y las montañas cubiertas de nieve en las noches serenas! ¡Y los contornos grandiosos de aquellos enormes muros, de aquellas soberbias to-

rres, de aquellos árboles descomunales, bajo aquel cielo resplendente de estrellas! ¡El prolongado murmullo de aquellas inmensas capas de verdura que esmaltan los valles y cubren las colinas, cuando sopla la brisa!

Es un espectáculo ante el cual mis compañeros, nacidos en Granada y acostumbrados á él desde la infancia, se quedaban sin palabras; tanto es así, que recorríamos largos trayectos en silencio, sumergidos en nuestros pensamientos, el corazón oprimido por una dulce tristeza que algunas veces nos humedecía los ojos y nos hacía mirar el cielo por un impulso de amor y reconocimiento.

El día de mi llegada á Granada, cuando entré en la fonda á media noche, en lugar de silencio y tranquilidad, hallé el «patio» iluminado como una sala de baile, gentes que bebían sentadas á las mesas, y otras en las galerías que iban y venían, charlando y riendo. Fueme necesario esperarme más de una hora antes de poderme acostar. Pero este rato lo pasé muy agradablemente. Mientras miraba un mapa de España fijado en la pared, un hombre regordete, con la cara color de remolacha y una barriga que le caía sobre las rodillas, se me acercó quitándose el casquete, preguntóme si era italiano. Díjele que sí, y añadió sonriendo:

—También yo. Soy el dueño de la fonda.

—Pues me alegro, y tanto más cuanto veo que los negocios os marchan á pedir de boca.

—*Dio buono!*—me respondió con tono que quería ser melancólico,—sí... no me quejo... pero creedme, querido señor, por más que los negocios vayan bien, cuando uno se encuentra lejos de su país (y puso la mano sobre su enorme tórax), siente aquí un vacío.

Yo miré á su panza.

—¡Un gran vacío!—añadió el fondista.—La patria jamás se olvida. ¿De qué provincia sois, caballero?

—De la Liguria. ¿Y vos?

—Del Piamonte. ¡La Liguria! ¡El Piamonte! ¡La Lombardía! ¡Esos son países!

—Cierto que son hermosos países; pero en resumidas cuentas, no podéis quejaros de España, vivís en una de las más bellas ciudades del mundo; sois dueño de una de las mejores fondas de la población, recibís todos los años una turba de extranjeros y por las trazas gozáis de una salud envidiable.

—¡Pero el vacío!...

Miré de nuevo á su abdomen.

—¡Ah! Os comprendo, querido señor; pero os engañáis, creedlo, si juzgáis por las apariencias. No podéis imaginar lo que experimento cuando llega aquí un italiano. ¡Qué queréis! Es una debilidad... Yo no sé, pero quisiera verle todo el día sentado á la mesa, y veo que si mi mujer no me llevara la contraria, sería capaz de enviarle por mí cuenta una docena de platos de entremeses.

—¿A qué hora comeremos mañana?

—A las cinco. Pero... aquí se come poco... en los países cálidos... todo el mundo vive con sobriedad... sea cual fuere su patria... Eso es ya sabido... ¿Pero no habéis visto á otro italiano que se encuentra aquí?

Mientras iba hablando miraba á su alrededor. Un hombre que se hallaba en un rincón del patio se acercó á nosotros. El fondista, después de algunas palabras, nos dejó solos. Era el del rincón un hombre como de unos cuarenta años, pobremente vestido, que hablaba apretando los dientes y crispando continuamente las manos con un movimiento convulsivo, cual si hiciera un esfuerzo por no emprenderla á puñetazo limpio contra su interlocutor. Me dijo que era de Lombardía, corista, llegado á Granada el día anterior con otros cantantes, contratados en el teatro de la Opera para la estación de verano.

—¡Maldito país!—exclamó sin más preámbulos y mirando en derredor como si fuera á pronunciar un discurso.

—¿No vivís en España á gusto?—le pregunté.

—¿En España? ¿Yo? ¿Vamos, hombre! Es como si me preguntarais: ¿estáis á gusto en galeras?

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? ¿Pues no conocéis qué ralea de gente son los españoles, ignorantes, supersticiosos, orgullosos, ordinarios, impostores, ladrones, charlatanes, infames?

Quedóse un momento inmóvil como interrogándose; las venas de su cuello se hincharon, lo mismo que si estuvieran á punto de reventar.

—Perdonad — le respondí, — pero vuestro juicio no me parece muy puesto en razón. Respecto á ignorancia, no somos nosotros, los italianos, que tenemos todavía ciudades en las cuales se apedrea á los maestros de escuela, ó se da de puñaladas á los profesores que reprueban á los alumnos, no somos nosotros, repito, los llamados á criticar á los demás. Por lo que hace á supersticiosos, ¡qué diablos! ¿podemos nosotros levantar el dedo, cuando vemos en las poblaciones de Italia donde la instrucción primaria está más descuidada, producirse un alboroto inmenso por una milagrosa *madonna*, hallada por una mujer en mitad de la calle? En cuanto á crímenes, declaro que si tuviera que hacer un paralelo con la estadística en la mano, en presencia de un auditorio español, mucho temería que... No pretendo decir que, á pesar de todo esto, no navegamos por mejores aguas que los de España; quiero decir tan sólo que un italiano, al juzgar á los españoles, ha de ser indulgente si quiere ser justo.

—No soy de vuestra opinión. ¡Un país sin dirección política! ¡un país entregado á la anarquía! ¡un país!... Vamos á ver: citadme un español contemporáneo que sea célebre.

—No sé... pocos grandes hombres hay en todas partes.

—¡Citadme un Galileo!

—¡Oh! En verdad que ninguno tienen.

—¡Citadme un Ratazzi!

—¡Tampoco.

—Citadme... pero es inútil, no tienen nada. ¿Y es verdad que encontráis el país hermoso?

—¡Ah! Lo que es en eso no cedo un ápice. Andalucía, por citaros una sola provincia, es un paraíso; Sevilla, Cádiz, Granada, son ciudades magníficas.

—¿Cómo? ¿Os gustan las casas de Sevilla y Cádiz? Uno no puede arrimarse á las paredes sin quedar pintarrajado de blanco de los pies á la cabeza. ¿Os gustan aquellas calles por las cuales se pasa á duras penas cuando se ha comido bien? ¿Y las mujeres andaluzas con esos ojos de locas? Vamos, sois en extremo indulgente; éste no es un pueblo serio. Llamaron á don Amadeo y ahora ya no le quieren; y esto sucede porque son indignos de ser gobernados «por un hombre civilizado». (Textual).

—¿De manera que no encontráis en España nada bueno?

—¡Nada!

—¿Pues por qué permanecéis en ella?

—Permanezco... porque en ella como.

—Que ya es algo.

—¿Pero de qué manera como? Lo mismo que un perro, porque bien sabe todo el mundo lo que es la cocina española.

—Decidme, y perdonad. ¿Por qué no os marcháis á Italia á comer como un hombre, en lugar de comer en España como un perro?

Al oír esto el pobre artista se quedó algo turbado; pero yo, por no hacerle sufrir, le ofrecí un cigarro, que aceptó y encendió en seguida, sin decir una palabra.

Y no fué éste el solo italiano en España que me habló en semejantes términos de ese país y sus habitantes, negando hasta la limpieza del cielo y la gracia de las andaluzas. No comprendo qué placer se puede experimentar viajando de este modo, cerrando el corazón á todo sentimiento de benevolencia y dedicándose á censurar é injuriar sin tregua ni reposo, como si todo lo bueno ó bello que se encuentra en un país extranjero, hu-

hiera sido robado al nuestro, y como si no pudiéramos alabar alguna cosa sino á condición de que se confiese que todas las demás no valen nada. Las gentes que viajan con tales disposiciones me inspiran más lástima que otra cosa, porque la verdad es que se privan voluntariamente de muchos placeres. Y pienso de tal modo juzgando por mí á los demás, pues donde quiera que yo voy, el primer sentimiento que me inspiran las gentes y las cosas es de simpatía, un deseo de no hallar nada que me fuerce á criticar, una necesidad de embellecer á mis propios ojos las cosas hermosas, de disimularme las desagradables, de excusar los defectos, de poder decir con verdad á los demás y á mí mismo que estoy satisfecho de todos y de todo. Y para obtener semejante resultado no necesito hacer esfuerzo alguno: cada cosa se presenta espontáneamente á mis ojos bajo su más agradable aspecto, y mi imaginación pinta benévola los demás aspectos, de una ligera tinta de color de rosa. Bien sé que de este modo no se estudia bien un país; que no se escriben «Ensayos críticos», que no se adquiere la reputación de hombre profundo; pero sé también que se viaja alegremente y que los viajes os aprovechan más de lo que á primera vista parece.

Al siguiente día fuí á ver el Generalife, que era como la quinta de los reyes árabes, y cuyo nombre va unido al de la Alhambra, como el de la Alhambra al de Granada, por más que no quede del antiguo Generalife más que algunos arabescos y algunos arcos. Es un pequeño palacio, sencillo, blanco, con pocas ventanas, con una galería de arcadas que concluye en una terraza, y medio escondido entre un bosque de laureles y mirtos, en la cima de una montaña completamente florida que se eleva sobre la ribera derecha del Darro, frente la cumbre de la Alhambra. Delante de la fachada del palacio se extiende un jardín, y otros jardines se elevan uno encima de otro, como una vasta gradinata, hasta la meseta del monte, donde se levanta una alta galería de

columnas que forma el límite del Generalife. Las calles de árboles de los jardines, las anchas escaleras que conducen de uno á otro y los «partes» llenos de flores, se hallan bordeados por altas espalderas, rematadas en arcos y separadas por cabañas de mirtos encorvados y entrelazados formando graciosos dibujos. Y en cada rellano se elevan casitas blancas que los emparrados sombrean y grupos de naranjos y cipreses dispuestos con pintoresca simetría. El agua se muestra pródiga todavía como en tiempo de los árabes, dando á este lugar una gracia, una frescura y una vida indescriptibles. Por todas partes se oye el murmullo de los arroyos y de las fuentes: siguiendo una calle de árboles se encuentra un surtidor; os asomáis á la ventana y veis otro que llega hasta la cornisa; se entra en un grupo de árboles y se recibe en el rostro los salpicones de una cascada; por cualquier lado que uno se vuelva encuentra el agua que surge ó se filtra, ó que cae como una lluvia murmuradora y reluciente en la hierba y en los zarzales.

Desde lo alto de la terraza la mirada se fija en todos esos jardines, que descienden formando pendientes, gradas y escaleras; se sumerge en el abismo de vegetación que separa las dos montañas, abarca todo el recinto de la Alhambra, con las cúpulas de sus templos, con sus lejanas torres, con las sendas que serpentean entre sus ruinas; se extiende sobre la ciudad de Granada, sobre la llanura, sobre las colinas y recorre de una ojeada todas las cimas de Sierra Nevada, que parecen tan cercanas que uno cree que podría llegar á ellas en una hora. Y mientras contempláis ese espectáculo, acarician vuestro oído el murmullo de cien surtidores y el apacible son de las campanas de la ciudad, que flota dilatándose por el aire, y lo percibís á intervalos, con olor misterioso de paraíso terrestre que produce estremecimientos de voluptuosidad y os hace palidecer.

Más allá del Generalife, en la cumbre de una montaña más alta, hoy día triste y desnuda, se

elevaban en tiempo de los árabes otros palacios reales, rodeados de otros jardines unidos entre sí por grandes vías bordeadas de mirtos. Hoy todas esas maravillas de arquitectura, coronadas de bosques, de fuentes y de flores, esos aéreos palacios de hadas, esos nidos espléndidos y perfumados de amor y de delicias, han desaparecido y apenas si algún montón de piedras ó algún pedazo de pared, «dan fe de ellos y los recuerdan al pasajero». Pero esas ruinas, que en otra parte despertarían un sentimiento de melancolía, no lo despiertan en modo alguno ante el espectáculo de aquella admirable naturaleza, á cuya belleza parece que las obras más maravillosas del hombre nunca han podido añadir grado alguno.

\*

Al entrar en la ciudad me detuve en un extremo de la «Carrera del Darro», ante una casa ricamente adornada de bajo-relieves que prepresentan broqueles, armaduras, querubines y leones, con un balconcito en el ángulo, donde vi escrita, mitad sobre una pared, mitad sobre la otra, la misteriosa inscripción siguiente, trazada con grandes caracteres:

#### ESPERANDO LA DEL CIELO

Deseaba conocer el sentido oculto de semejantes palabras, y tomé nota de ellas, con el intento de interrogar á este propósito al sabio padre de mi amigo. Dióme dos explicaciones; una seguramente cierta, pero poco romántica; la otra, romántica, pero muy dudosa. Ahí va.

La casa pertenecía á don Fernando de Zafra, secretario de los Reyes Católicos y padre de una joven hermosísima. Un joven hidalgo, de familia rival ó inferior en nobleza á la familia de Zafra, se enamoró de la joven, ella correspondió á sus amores, la pidió él en matrimonio y su pretensión fué rechazada. La negativa del padre en-

cendió más y más el amor de los jóvenes; las ventanas de la casa son bajas, y el enamorado, una noche, logró escalarlas y entrar en la cámara de la joven. Sea que al entrar hubiese volcado una silla, sea que hubiese tosido, ó que lanzara un grito de alegría al ver á la hermosa ir á su encuentro con los brazos abiertos y la cabellera suelta, (la tradición nada dice y nadie lo sabe), lo cierto es que don Fernando de Zafra oyó un ruido, corrió al dormitorio de su hija, descubrió al doncel amante y, ciego de furor, se abalanzó sobre éste para quitarle la vida. Pero el joven logró escapar; don Fernando, persiguiéndole, topó con uno de sus propios pajes, confidente de aquellos amores y que había ayudado al hidalgo á penetrar en la casa; le tomó en desquite ó á trueque del seductor, y, sin escuchar explicaciones ni súplicas, lo hizo colgar del balcón de la casa. Cuenta la tradición que mientras la pobre víctima gritaba: «¡piedad! ¡piedad!» el ofendido padre respondíale mostrándole el balcón:—«Allá te quedarás, «esperando la del cielo»—respuesta que hizo grabar en una piedra del muro, para perpetuo espanto de seductores y de los que les sirven.

Consagré el resto del día á las iglesias y conventos.

La catedral de Granada merece mejor que la de Málaga, que también es hermosa y rica, ser descrita detalladamente; pero estoy ya cansado de describir iglesias. Fué fundada en 1529 por los Reyes Católicos, sobre las ruinas de la mezquita principal de la ciudad; pero está aún sin terminar. Tiene una gran fachada con tres puertas, adornada de estatuas y bajo-relieves; fórmanla cinco naves separadas por veinte enormes pilares compuestos de un lío de columnitas. La capilla encierra cuadros de Bocanegra, esculturas de Torrigiani, tumbas y ornamentos preciosos. Lo que hay de más admirable es la capilla principal, sostenida por veinte columnitas corintias en dos hileras; sobre la primera se elevan las estatuas colosales de los doce apóstoles y sobre la segunda descan-



sa una gran cornisa cubierta de guirnaldas y cabezas de querubines. Por la parte superior hay un círculo de hermosas ventanas con vidrios de colores que representan la pasión, y del friso que las corona salen diez atrevidos arcos que forman la bóveda de la capilla. En los arcos que sostienen las columnas se admiran seis grandes pinturas de Alonso Cano, que gozan fama de ser la más bella y más acabada de sus obras.

Y puesto que he nombrado á Alonso Cano, natural de Granada, y uno de los mejores pintores españoles del siglo xvii—el cual, aunque discípulo de la escuela de Sevilla, más que fundador de una escuela particular como algunos pretenden, no es menos original que sus más grandes contemporáneos,—quiero dar á conocer aquí algunos rasgos de su carácter y de su vida, poco conocidos fuera de España, pero singularmente notables. Alonso Cano ha sido el más pendenciero, el más colérico, el más violento de los pintores españoles. Su vida fué un continuo proceso. Había sido eclesiástico. Desde 1652 hasta 1658, durante seis años consecutivos, pleiteó contra los canónigos de la catedral de Granada, de los cuales era deudor, porque no quiso, como estaba estipulado, ser subdiácono. Antes de salir de Granada, hizo pedazos con sus propias manos una estatua de San Antonio de Padua que había esculpido por encargo de un auditor de la cancellería, porque éste se permitió observarle que el precio que por ella le pedía era algo desmedido. Nombrado profesor de dibujo del príncipe real, que á lo que parece no había nacido para la pintura, le fastidió tanto que se vió obligado á recurrir al rey por verse libre de sus manos. Llamado á Granada por un especial favor, junto al capítulo de la catedral, guardó tan profundo recuerdo de sus pasadas desavenencias con los canónigos, que en su vida quiso dar por ellos una pincelada. Pero esto es poco. Alimentaba un odio ciego, bestial, inextinguible hacia los judíos, y se había metido en la cabeza que tocar á un judío ó siquiera un objeto que alguno de ellos

hubiese tocado debía acarrearle desgracias. Con semejante idea siempre fija, hizo las más locas extravagancias del mundo. Si al pasar por la calle se rozaba con algún judío, tiraba en seguida las ropas infestadas y se iba á su casa en mangas de camisa. Si por casualidad llegaba á descubrir que, estando ausente, algún criado había recibido algún judío en su casa, echaba al criado, tiraba el calzado con el cual había pisado las huellas del circuncidado y hacía limpiar, y algunas veces renovar el pavimento. Y encontró medio de no desmentir su carácter ni en los últimos momentos. Como su confesor le presentara un feo crucifijo tallado á hachazos, le rechazó la mano y le dijo:—«Padre mío, deme usted una cruz sencilla, para que pueda adorar á Jesucristo tal cual es y tal cual le contemplo en mi alma».—A pesar de todo esto tenía un corazón delicado, caritativo, que sentía horror hacia toda acción vulgar y amaba con orgullo y profundo amor al arte que le hizo inmortal.

Volvamos á la iglesia. Cuando hube recorrido todas las capillas y me disponía á salir, asátome de pronto la idea de que me quedaba algo por ver. No lo había leído en la Guía, ni nadie me había dicho nada, pero sentía en mi interior una voz que me decía: «¡Busca!» Busqué, en efecto por todos lados con investigadora mirada, sin saber lo que buscaba: Un «cicerone» me observó, se acercó á mí con la traza de todos ellos, cabizbajo, como un asesino, y me preguntó con aire misterioso:

—¿Quiere usted algo?

—Quisiera que me dijeseis—respondí yo,—si hay por ver en esta catedral alguna cosa más que lo que se ve desde aquí.

—¡Cómo!—exclamó el «cicerone»;—«¿todavía no ha visto usted la Capilla Real?»

—¿Y qué hay en la Capilla Real?

—¿Qué hay? ¡Caramba! «Nada menos que los sepulcros de Fernando é Isabel la Católica».

¡Esto es lo que yo me quería decir! ¡Tenía en

el alma un sitio destinado á esta idea y la idea no estaba en él! Los Reyes Católicos debían seguramente ser enterrados en Granada, donde hicieron la última guerra caballerisca de la Edad Media y donde dieron á Cristóbal Colón la orden de armar los barcos que debían conducirle al Nuevo Mundo! Corrí, más bien que otra cosa, hacia la Capilla Real, con el «cicerone», que me seguía dando saltos; un viejo sacristán nos abrió la puerta de la sacristía, y antes de dejarme pasar á ver las tumbas, me llevó ante una especie de armario con vidrieras de cristales, lleno de objetos preciosos, y me dijo:

—Usted sabe sin duda que Isabel la Católica, por facilitar á Cristóbal Colón el dinero que necesitaba para armar sus navíos, no sabiendo dónde hallarle, porque las arcas del Estado estaban vacías, empeñó sus joyas.

—Sí; ¿y qué?—pregunté yo con viveza; y presintiendo la respuesta, sentí palpar mi corazón.

—Pues bien—respondió el sacristán;—la caja donde la reina encerró sus joyas para empeñarlas, está aquí.

Abrió el armario, cogió la caja y me la presentó.

¡Oh! que digan lo que quieran los hombres fuertes ó de temple; pero á mí esas cosas me hacen temblar y llorar. ¡Yo he tocado la caja que guardó los tesoros gracias á los cuales Colón pudo descubrir la América! ¡Cada vez que repito estas palabras la sangre se me enciende! Y añado:—La he tocado con estas manos,—y las contemplo.

Este armario guarda á más la espada del rey Fernando, la corona y el cetro de Isabel, un libro de rezos y muchos ornamentos del rey y de la reina.

Entramos en la capilla, entre el altar y una gran verja de hierro que la separa del espacio restante, antes dos grandes mausoleos de mármol, adornados con estatuas y bajo-relieves de gran valor. Sobre uno de los dos se ven las estatuas yacentes de Fernando é Isabel, vestidos con sus

hábitos reales, con la corona, la espada y el cetro; sobre el otro, las estatuas de otros dos príncipes; y en derredor estatuas, leones, ángeles, escudos y variados adornos que presentan un aspecto realmente austero y magnífico.

El sacristán encendió una antorcha, y mostrándome una especie de trampa situada en la línea de paso que separa los monumentos, me rogó que la levantara para bajar al subterráneo. El «cicerone» me ayudó; alzamos la trampa, bajó el sacristán y yo le seguí por una escalerilla estrecha, hasta una cámara subterránea donde se hallan cinco ataúdes de plomo, cinchados de hierro y señalado cada uno con dos iniciales rematadas con una corona. El sacristán bajó la antorcha, y tocando con la mano los cinco ataúdes, uno después de otro, me dijo con una voz lenta y solemne:

—Aquí descansa la gran reina Isabel la Católica.

»Aquí descansa el gran rey Fernando V.

»Aquí descansa el rey Felipe I.

»Aquí descansa la reina Juana la Loca.

»Aquí descansa su hija doña María, muerta á la edad de nueve años.

»¡Que Dios les tenga á todos en su santa paz!»

Y dejando la antorcha en el suelo, cruzó los brazos y cerró los ojos, como para que pudiera entregarme á mis meditaciones con entera libertad.

Podría llenarse un libro si se quisieran describir todos los monumentos religiosos de Granada: la maravillosa Cartuja, del Monte Sagrado, que encierra las grutas de los mártires; la Iglesia de San Jerónimo, donde se halla sepultado el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba; el convento de Santo Domingo, fundado por el Inquisidor Torquemada; el del Angel, que contiene pinturas de Cano y de Murillo, y muchos otros; pero supongo que el lector se halla ya más cansado que yo y le hago gracia de todo un monte de descripciones, que seguramente sólo le darían una idea confusa de las cosas descritas.

No obstante, pues que he hablado de la tumba del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba, no puedo menos de traducir un curioso documento que á él se refiere, y que me dió precisamente en la Iglesia de San Jerónimo un sacristán admirador de los altos hechos de aquel héroe.

El documento se halla redactado á modo de anécdota, en los siguientes términos:

«Cada paso del Gran Capitán Gonzalo de Córdoba fué un asalto, y cada asalto una victoria; su tumba, en la iglesia de los Jerónimos de Granada, fué adornada con doscientas banderas que él conquistó. Sus émulos envidiosos, y en particular los tesoreros del reino de Nápoles, 1506, indujeron al rey á pedir cuenta á Gonzalo del uso que había hecho de las gruesas sumas recibidas de España para los gastos de la guerra de Italia; y el rey fué bastante débil para acceder á ello y hasta para asistir á la «conferencia».

»Gonzalo acogió esta demanda con orgulloso desprecio y se propuso dar una severa lección á los tesoreros y al rey, para que aprendieran á tratar y considerar á un conquistador de reinos.

»Respondió con gran indiferencia y serenidad que tendría las cuentas preparadas para el día siguiente y por ellas se vería cuál de los dos era deudor, si el fisco ó él. El fisco le reclamaba ciento treinta mil ducados que le habían sido enviados por la primera vez, ochenta mil escudos por la segunda, tres millones por la tercera, once millones por la cuarta, trece por la quinta, y así siguió leyendo el grave, «gangoso» y estúpido secretario que autorizaba un acto tan importante.

»El gran Gonzalo mantuvo su palabra: se presentó á la segunda audiencia, y abriendo un libro voluminoso en el cual había escrito su justificación, empezó á leer con voz alta y sonora las siguientes palabras:

»Doscientos mil setecientos treinta y seis ducados y nueve reales, á los monjes, religiosos y pobres para que rogasen á Dios por el triunfo de las armas españolas.

»Cien millones en picos, palas y azadones.

»Cien mil ducados en pólvora y balas.

»Diez mil ducados en guantes perfumados para preservar á los soldados de la pestilencia de los cadáveres de los enemigos, en el campo de batalla.

»Ciento setenta mil ducados en refundir las campanas destruidas por el continuo tocar por las nuevas victorias alcanzadas sobre los enemigos.

»Cincuenta mil ducados en aguardiente para los soldados, los días de batalla.

»Millón y medio de ducados para sostener á los prisioneros y heridos.

»Un millón en misas, en acción de gracias y *Te-Deum* al Todopoderoso.

»Trescientos millones en sufragios por los muertos.

»Setecientos mil cuatrocientos noventa y cuatro ducados á los espías, etc.

»Cien millones por la paciencia que ayer demostré, escuchando que el rey pidiese cuentas á quien le había dado un reino.

»Estas son las famosas «cuentas del Gran Capitán», cuyo original se halla en poder del conde de Altamira.

»Una de las cuentas originales, con la firma autógrafa del Gran Capitán, existe en el museo militar de Londres, donde la guardan con gran cuidado.»

Después de leído este documento, me fuí á la fonda, haciendo comparaciones maliciosas entre Gonzalo de Córdoba y los generales españoles de nuestros días; comparaciones que la razón de Estado, como se dice en las tragedias, me impide transcribir.

Todos los días veía algo nuevo en aquella fonda. Encuéntranse en ella muchos estudiantes procedentes de Málaga y otras ciudades de Andalucía, que van á examinarse en Granada, sea porque aquí tengan la manga más ancha, sea por otra

razón. Comen todos en la mesa redonda. Una mañana, á la hora del almuerzo, uno de ellos, un joven que no tendría más allá de veinte años, dijo que á las dos de la tarde debía examinarse de Derecho canónico, y que no estando muy seguro del resultado, había decidido beber un vaso de vino para reanimar los manantiales de su elocuencia. Estaba acostumbrado á beber el vino aguado, y cometió la imprudencia de beberse de un trago una copa de Jerez. Su fisonomía se alteró al instante, de tan extraña manera, que si con mis ojos no hubiese visto el cambio, nunca creyera que aquella cara fuese la misma de poco antes.

—¡Basta ya!—le gritaron sus amigos.

Pero el joven, que se sentía en aquellos momentos fuerte, ardiente y temerario, lanzó sobre sus compañeros una mirada de lástima y ordenó al mozo que le sirviera otro vaso.

—¡Te emborracharás!—le dijeron aquellos.

Por toda respuesta, se echó al cuerpo el segundo vaso.

Entonces fué presa de un espantoso acceso de locuacidad. Estaban en la mesa unas veinte personas; á los pocos minutos había trabado conversación con todos, haciendo mil revelaciones sobre su vida pasada y sus proyectos futuros. Dijo que era de Cádiz, que tenía ocho mil pesetas de renta al año y que quería seguir la carrera diplomática, porque con aquella renta, ítem más lo que le dejaría su tío, podría hacer un buen papel en todas partes; que había decidido casarse á los treinta años y escoger una mujer alta como él, porque creía que la mujer debía tener la misma estatura que el marido, para evitar que cualquiera de los dos dominase al otro; que cuando muchacho se había enamorado de la hija de un cónsul americano, hermosa como una flor y sólida como una peña, pero que tenía la marca colorada de un antojo detrás de la oreja, cosa que la afeaba mucho, por más que sabía ocultarla divinamente con la mantilla. (Y mostraba con la servilleta cómo hacía la hija del cónsul para esconder el

antojo.) Dijo también que don Amadeo era un hombre demasiado ingenuo para gobernar á España; que entre Zorrilla y Espronceda había preferido siempre al último; que era una torpeza ceder la isla de Cuba á los americanos; que se reía del examen de Derecho canónico, y que quería beber todavía cuatro dedos más de Jerez, que es el primer vino de Europa.

Bebióse la tercera copa, á pesar de los buenos consejos y la desaprobación de sus amigos, y después de decir algunas barbaridades más que hicieron reír al auditorio, miró fijamente á una señora que tenía delante, bajó la cabeza y se quedó dormido. Yo creía que no podría presentarse al examen, pero me engañé. Una hora después le despertaron, subió á su cuarto para lavarse la cara, corrió á la Universidad medio dormido, sufrió el examen y salió aprobado, para mayor gloria del vino de Jerez y de la diplomacia española.

Empleé los días siguientes en visitar los monumentos, ó por mejor decir las ruinas de los monumentos árabes que, aparte de la Alhambra y el Generalife, dan testimonio del antiguo esplendor de Granada. Como el último baluarte del islamismo, Granada es la ciudad de España que guarda más recuerdos de aquella dominación.

Sobre la colina que se llama «Dinadamar» (fuente de las lágrimas) se ven todavía las ruinas de cuatro torres elevadas sobre los cuatro ángulos de una gran cisterna, á la cual afluyen de la sierra las aguas que sirven para el uso de la ciudad. Había allí baños, jardines y quintas de recreo, de los cuales no quedan vestigios. Desde aquel sitio se abarca de una ojeada la ciudad con sus minaretes, sus terrazas y sus blanquecinas mezcitas entre palmeras y cipreses. Próximo al mismo sitio se ve todavía una puerta árabe llamada puerta de «Elvira», formada por un gran arco coronado de almenas. Más lejos las ruinas de los palacios de los califas. Contigua al paseo de la Alameda se levanta una torre cuadrada, que contiene una sala grandísima, adornada con inscrip-